

La importancia de *Comunidades imaginadas* y de Benedict Anderson

Craig Calhoun

LSE – LONDON SCHOOL OF ECONOMICS AND POLITICAL SCIENCE

C.Calhoun@lse.ac.uk

Recibido: 24/04/2016

Aceptado: 12/06/2016

RESUMEN

El remarcable libro *Comunidades imaginadas* de Benedict Anderson reconfiguró el estudio de las naciones y el nacionalismo. Sorprendentemente original, rompió con el excesivo énfasis que hasta el momento se ponía en el continente europeo y con los argumentos falsamente polarizados sobre si las naciones existían desde siempre o eran meros epifenómenos de los estados modernos. *Comunidades imaginadas* dirige la atención a la dinámica de la imaginación organizada social y culturalmente como proceso que se encuentra en el corazón de la cultura política, la comprensión de uno mismo y la solidaridad, idea que, como innovación de primer orden en la comprensión de los 'imaginarios sociales', tuvo una influencia que va más allá del estudio del nacionalismo. Sin embargo, el enfoque de Anderson conservó el hincapié en las condiciones materiales que configuran la cultura y en las instituciones que facilitan su reproducción, desde periódicos y novelas a censos, mapas y museos.

Palabras clave: *nación, nacionalismo, Anderson, imaginarios sociales*

ABSTRACT *The Importance of Imagined Communities – and Benedict Anderson*

Benedict Anderson's remarkable book *Imagined Communities* reshaped the study of nations and nationalism. Strikingly original, it broke with previous over-emphasis on the European continent and falsely polarized arguments as to whether nations were always already in existence or mere epiphenomena of modern states. *Imagined Communities* stimulated attention to the dynamics of socially and culturally organized imagination as processes at the heart of political culture, self-understanding and solidarity. This has an influence beyond the study of nationalism as a major innovation in understanding 'social imaginaries'. Anderson's approach, however, maintained strong emphases on material conditions that shape culture, and on institutions that facilitate its reproduction – from newspapers and novels to censuses, maps, and museums.

Keywords: *nation, nationalism, Anderson, social imaginaries*

Autor para correspondencia / Corresponding author: Craig Calhoun. Professor Craig Calhoun

Director of LSE. 1st floor, Columbia House. LSE, Houghton Street, London, WC2A 2AE.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Calhoun, C. (2016). La importancia de Comunitats imaginades, i de Benedict Anderson. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (1). 11-17

Comunidades imaginadas de Benedict Anderson, publicado en 1983, representó un soplo de aire fresco en una discusión sobre el nacionalismo que no había visto ideas realmente destacables en una generación, como mínimo. El análisis estaba atascado en viejos debates sobre identidades primordiales frente a tradiciones inventadas, sobre el nacionalismo como patrimonio cultural frente a la reflexión acerca de la construcción del estado moderno, sobre la mera conciencia falsa

frente al poderoso factor político. En la medida en que cada una de estas dicotomías plantea una elección forzada, Anderson se posicionaba de parte de la segunda. Pero lo que resulta más potente de Anderson es que subvirtió estas mismas dicotomías preguntando por qué tradiciones completamente nuevas deberían sentirse como primigenias, cómo el sistema moderno de formación de estados podía producir un mundo en el que las identidades culturales parecían suficientemente

poderosas para morir y matar y cómo las identidades construidas se basaban en la economía política y, al mismo tiempo, configuraban relaciones sociales.

Incluso afirmando la novedad histórica del nacionalismo, Anderson puso en cuestión la ilusión que, de alguna manera, fuera simplemente un error. Aquella ilusión, que había tergiversado mucho los análisis políticos, hundía sus raíces en la Ilustración y tuvo un amplio alcance en el marxismo. Anderson entró en el debate por afinidad con el argumento que acababa de presentar Tom Nairn (1977). La idea positiva de Nairn era que no se debían menospreciar los movimientos nacionalistas en Gran Bretaña y que, de hecho, podían aumentar progresivamente. Nairn era un nacionalista escocés y su punto de vista era, en parte, una defensa del republicanismo en el sentido restringido de reto a la monarquía y en el sentido amplio de arraigo de un sistema de gobierno en una ciudadanía activa y relativamente igualitaria. Pero Nairn también ofrecía una crítica al «tratamiento superficial y evasivo que el marxismo clásico hacía de la importancia histórico-política del nacionalismo en el sentido más amplio», lo que captó las simpatías y la imaginación de Anderson (2006).

Anderson intentó replantear completamente la discusión. Defendió que el nacionalismo tenía orígenes diferentes (las colonias españolas en Latinoamérica) de los que habían sugerido los autores eurocéntricos. Consideraba que el nacionalismo tenía que compararse con las construcciones religiosas de identidad y de comunidad tanto como con otras ideologías políticas. Centró la atención no en la cuestión normativa-ideológica de si el nacionalismo era mejor que la conciencia de clase, sino en la cuestión explicativa de por qué los países comunistas podrían entrar en guerra entre sí entendiéndolo el conflicto, en gran parte, en términos nacionalistas. Se preguntaba cómo funcionaba el nacionalismo en términos de símbolo, relaciones sociales y categorías de conciencia.

Sobre todo, Anderson presentaba el nacionalismo como un modo de imaginar y, por tanto, de crear

una comunidad. La nación «es imaginada como comunidad, porque, obviando la actual desigualdad y explotación que puede prevalecer en cada una, la nación siempre se concibe como una camaradería profunda y horizontal» (Anderson, 2006: 9). El hecho de que esto es, en algunos aspectos, una imaginación artificial no lo hace menos potente. El compañerismo se hace sentir, incluso si está en tensión con las desigualdades y las divisiones sectoriales. Y, «al fin y al cabo, es esta fraternidad la que ha hecho posible que, de los dos siglos pasados a esta parte, tantos y tantos millones de personas hayan matado y muerto voluntariamente por estos pensamientos imaginados tan limitados» (Anderson, 2006: 7). Esto es lo que simbolizan las tumbas a los soldados desconocidos, donde la identidad de cada uno con sus compañeros y con su nación pasa por delante del nombre individual (Anderson, 2006: 9). Las identidades nacionales se hacen, se inventan, pero no por ello son directamente más falsas que cualquier otro acto de creatividad.

No pocos lectores pensaron que el título de Anderson sugería un contraste entre las comunidades imaginadas y las reales, pero sería más preciso decir que Anderson pensaba que todas las comunidades eran imaginadas, por lo menos «todas las comunidades más grandes que los poblados primigenios del contacto cara a cara (y tal vez incluso estas)» (Anderson, 2006: 24). Lo que los expertos tienen que examinar no es tanto la verdad o la falsedad del proceso imaginativo nacional, sino los diferentes estilos y formas que adopta la nacionalidad, y las condiciones materiales y prácticas para la producción de este proceso.

Este proceso de imaginar naciones requería nuevas herramientas y formas de imaginación, nuevos imaginarios. El mismo Anderson no usa el término *imaginarios*, que se asociaba con el teórico sociopsicoanalítico Cornelius Castoriadis (1987). Pero su obra tuvo una influencia de primer orden más allá del estudio del nacionalismo y dio forma al estudio de los imaginarios sociales, las formas culturales institucionalizadas de crear realidades y constituir prácticas. La influyente explicación que Charles

Taylor hizo de cómo un conjunto diferenciable de imaginarios sociales constituía la modernidad es deudora directa de Anderson (Taylor, 2004; Gaonkar, 2002, Calhoun et al., 2015).

Para Anderson, la cuestión era cómo una comunidad (o la solidaridad, o la identidad, o incluso la misma sociedad) era imaginada y mediante esta imaginación se formaba y solidificaba. Parte de lo que quería mostrar era que el nacionalismo y la identidad nacional tenían fundamentos en condiciones materiales reales. Introdujo, por ejemplo, la idea del capitalismo impreso (*print capitalism*) para mostrar cómo una forma de empresa capitalista apoyaba el desarrollo de lenguas nacionales y comunicación dentro de estas.

Leer el periódico ofrecía nuevos contenidos comunes a las discusiones de una nación, pero también era una demostración ritual de una especie de pertenencia. Cada persona que leía el periódico de la mañana, mientras desayunaba, podía imaginar a sus compatriotas masculinos haciendo lo mismo (inicialmente era una imaginación marcada por lo que respecta al género). Dado que la prensa se organizaba como un negocio capitalista, estaba respaldada por un dinamismo. Desde sus inicios, cuando se orientaban a los comerciantes, los periódicos se expandieron hacia una circulación más amplia y popular; y producían una lengua propia de edición que diferenciaba las solidaridades nacionalburguesas respecto a las élites aristocráticas más antiguas. «Las clases dominantes preburguesas de alguna manera generaban su cohesión fuera de la lengua o, al menos, fuera de la lengua impresa» (Anderson, 2006: 76). Las formas más antiguas de cohesión implicaban menos proceso imaginativo; eran relaciones concretas y vínculos similares a matrimonios dinásticos de carácter estratégico. Si había un todo imaginado detrás de esta red, era la aristocracia, no la nación.

Esto es parte de lo que hizo de las colonias americanas ibéricas importantes muestras de la nueva forma

de comunidad imaginada mediante el lenguaje. «En estos [los países de América Latina] había un isomorfismo casi perfecto entre la extensión de los diversos imperios y la de sus lenguas vernáculas» (Anderson, 2006: 77). En cambio, los imperios europeos eran típicamente «polivernáculos». En Europa, el hecho de convertir las diversas lenguas vernáculas locales en estados y en política fue posterior; el nacionalismo de los hablantes nativos de una lengua estatal que en algún momento había sido oficial de un estado era, a menudo, el último paso. En las colonias, la lengua ofrecía un entorno común para la imaginación colectiva, pero no siempre una demarcación. Las distinciones surgieron de otras bases materiales. Los miembros de la administración colonial vivían en reinos administrativos específicos y se movían en circuitos que les hacían agentes de un proceso imaginativo nacional temprano. Los posibles movimientos de independencia no solían ser simplemente rebeliones negativas contra el imperio, sino aserciones positivas de conceptos, modelos e incluso proyectos para nuevas sociedades. Este sentido de proyecto activo era importante para los imaginarios nacionales. Pero no se basaba simplemente en la voluntad; tenía fundamentos materiales.

En las colonias, el nacionalismo tenía orígenes criollos, no era simplemente el producto del carácter indígena. Para ir sobre seguro, la ideología nacionalista de las colonias a veces defendía (como casi siempre en Europa) que la nación siempre había estado allí antes de la intrusión colonial. Pero Anderson mostró que estaba formada por la interacción entre indígenas y migrantes, tanto los forzosos como los voluntarios, y entre miembros de la administración y gente corriente.

La explicación de Anderson sobre los orígenes criollos ponía en cuestión la noción de que el nacionalismo creció en Occidente y fue exportado, de modo que el colonialismo europeo era más central que no el desarrollo de los estados-nación en el continente europeo. Hoy podemos concluir que no es exactamente así, pero el potente argumento de Anderson fue un

bálsamo muy necesario.¹ Gran parte de la potencia de su análisis procedía del hecho de que re-imaginaba, a su vez, la comprensión del nacionalismo que se había dado por descontada, como casi dóxica, en las discusiones en Occidente.

El papel central que Anderson adscribía a los administradores coloniales destacaba los proyectos coloniales europeos y, al mismo tiempo, sugería una consecuencia imprevista. Este papel central también descartaba la idea de que las élites intelectuales europeas hubieran creado el nacionalismo produciendo literaturas vernáculas. Anderson estaba de acuerdo en la importancia de la literatura, por supuesto, pero ponía en duda la noción de la autocreación indígena. La literatura tenía importancia en parte como medio para introducir nuevos tipos de estructuras narrativas mediante novelas que entrelazaban muchas historias en un todo complejo.

Junto a los periódicos, las novelas eran otro soporte cultural de la identidad nacional que el capitalismo impreso producía y hacía circular. De nuevo, Anderson no solo se centraba en el contenido común, sino en la forma. Las novelas modernas también se basaban en la lengua vernácula y la reproducían; además, típicamente implicaban la imbricación de múltiples líneas argumentales y así modelaban la situación de múltiples biografías en narraciones nacionales. No solo propagaban un mensaje (aunque algunas lo hacían celebrando héroes y tragedias nacionales), sino que cultivaban una manera de imaginar que, a su vez, apoyaba la integración del yo y la nación. Esto no era ni arbitrario ni ilusorio: era una forma de constituir la nación mediante la imaginación compartida.

1. Anderson no se ocupó del complejo lugar de los secundarios en esta historia, en concreto del lugar de los «nativos» con cargos en el gobierno colonial. La India podía haber modificado su argumento, como sugiere Partha Chatterjee cuando defiende especialmente que no se debería exagerar la modularidad, de modo que se privara a los múltiples nacionalismos de una capacidad de acción y autocreación auténticas en los diversos contextos históricos (Chatterjee, 1986).

El nacionalismo no era una falsa conciencia del capitalismo, sino una realidad (una formación sociocultural) producida por dimensiones clave del capitalismo dejadas de lado anteriormente. El capitalismo impreso era una forma de empresa que no solo dio forma a la cultura y la hizo circular, sino que era parte de la producción capitalista. Contribuyó a crear unidades nacionales que a lo largo de la historia del capitalismo han sido básicas para la organización y la protección del negocio capitalista, la explotación, la defensa de la propiedad y los privilegios.² Las novelas y los periódicos fueron los primeros ejemplares de una «infraestructura» de imaginarios nacionales que aparecían en libro original de Anderson, y ambos crecieron sobre la base del capitalismo impreso.

La muestra quizás más destacable de las bases materiales de la imaginación (la cultura) se encontraba en la discusión sobre censos, mapas y museos de la segunda edición de *Comunidades imaginadas*. Cada uno de estos tres aspectos implicaba institucionalizar un conjunto de objetos y prácticas que conformaban la manera en que se imaginaban identidades, solidaridades, límites y relaciones. Las líneas que dividían los espacios rosas y grises de los mapas reforzaban la idea de que la faz de la Tierra estaba compuesta de países de manera natural; la representación de geografías internas como interconectadas, o incluso como espacios íntegros, daba solidez a cada uno de aquellos países. El mismo marcaje de las fronteras nacionales presentaba la nación mnemotécnicamente como una forma que podía reproducirse en sellos y carteles (y posavasos) y que representa el todo y, al mismo tiempo, se ancla en la imaginación. Como mecanismo para hacer reconocible la nación, era infinitamente reproducible, al igual que fotografías icónicas de enclaves históricos, tal vez incluso mejor. Los censos contaban y categorizaban a los

2. El análisis de Immanuel Wallerstein (2012) destaca la centralidad de la organización capitalista a una escala cada vez más global, pero en relaciones entre estados, sobre todo entre estados nacionales.

ciudadanos (y a veces a todos los residentes); los organizaban en tablas de identidades ocupacionales, religiosas o según sus posesiones. No solo ayudaban en la administración de los países; ofrecían también representaciones de las poblaciones que facilitaban imaginar las naciones como todos orgánicos. Los museos se unen a los censos y a los mapas como organizaciones materiales para el proceso imaginativo y, por tanto, para la producción y la reproducción de las naciones. Son vehículos para la representación de las naciones en sí mismas y, al mismo tiempo, medios para situarlas entre otros elementos del mismo tipo. Pueden organizarse en jerarquías evolutivas o presentarse más como equivalentes. Las etnias o los pueblos más pequeños dentro de las naciones bien pueden presentarse como componentes, al igual que las diversas naciones del mundo pueden ser las identidades primarias para localizar los lugares donde se encuentran los objetos o se nutren los artistas.

Finalmente, Anderson complementó sus numerosas aproximaciones a las condiciones sociales y materiales de la imaginación cultural con un reconocimiento clave del papel del olvido. La memoria encaja quizás de manera obvia en una serie de maneras de reproducir la solidaridad y la identidad. Anderson fue prácticamente el primero en destacar la importancia del olvido. Toda una industria de la historia y la conmemoración produce memoria nacional y ofrece recuerdos concretos en un marco nacional. Los escolares aprenden su historia nacional y los turistas visitan los sitios de batallas históricas. Pero no todo esto es memoria; como nos enseña Anderson, también es olvido. Cuando los escolares ingleses recuerdan a Guillermo el Conquistador como uno de los grandes fundadores de la nación inglesa, olvidan el hecho crucial de que no hablaba inglés y de que fue precisamente el conquistador de los ingleses al tiempo que el progenitor de una Inglaterra reimaginada (Anderson, 2006: 230).

El libro de Anderson se convirtió en un clásico en varias disciplinas. Por formación, Anderson es un experto en ciencia política y la influencia de *Comunidades*

imaginadas fue grande en este campo. Sin embargo, llegó en un momento en que la política comparada estaba siendo reestructurada por el análisis de la elección racional y otros intentos de reducir la teorización vinculada a un contexto específico y la atención a la cultura en favor de modelos más universalistas y a menudo reduccionistas. No deja de ser paradójico que en el campo de las relaciones internacionales una especie de realismo instrumental dominante hacía tiempo se movía en una dirección diferente (cada vez más después del 11 de septiembre): la de aprender a entender la importancia de la construcción cultural, el papel de la religión y la política de la identidad, sin sacrificar un enfoque analítico tozudo y centrado sobre todo en el Estado. *Comunidades imaginadas* influyó en el movimiento constructivista y también contribuyó a corregir el arrollador eurocentrismo del campo. También influyó en la discusión de otra rama de la ciencia política: la subdisciplina cuasiautónoma de la teoría política. Los debates de esta área estuvieron atrapados durante un cuarto de siglo en una disputa entre liberales y comunitaristas, en la que destacaban los intentos de aclarar qué significaba una comunidad. El libro de Anderson fue de una importancia capital para argumentos como el de Charles Taylor sobre la manera en que la comunidad reflejaba imaginarios sociales compartidos. Y resultó al menos igual de importante en la sociología, la antropología, la geografía, la literatura y la historia.

Hay que remarcar este impacto en un gran abanico de disciplinas porque ninguna disciplina era el origen inmediato del análisis clásico de Anderson. Al contrario, *Comunidades imaginadas* se gestó en diálogo con dos campos interdisciplinarios muy diferentes y muy importantes. Era resultado de la investigación en el ámbito de los estudios regionales, y los estudios del Sudeste asiático en concreto. Y también el resultado del análisis marxista, específicamente cuando se desarrolló como campo internacional e interdisciplinario a partir de finales de la década de 1950 hasta principios de la década de 1980.

Es bien sabido que el libro de Anderson surgió de la guerra entre las sociedades comunistas asiáticas, una

guerra que, de acuerdo a la teoría, no debería haberse producido nunca. Pero si esto representaba un reto al rechazo dominante del nacionalismo por parte del marxismo, resultó que se enmarcaba parcialmente en categorías marxistas, como respuesta a cuestiones que habían perseguido a la clase obrera internacional y los movimientos poscoloniales.

Es conocido y controvertido el hecho de que los primeros capítulos del libro de Anderson situaban las raíces del nacionalismo en el gobierno colonial español de Latinoamérica. Esto quizás sorprende en un especialista en Indonesia, lugar al que el libro regresará con una cierta extensión, pero no deja de recordarnos que el campo de los estudios regionales no era simplemente el tipo de particularismo estrecho que criticaban sus detractores. Siempre fue una empresa comparativa, que exploraba similitudes y diferencias entre historias y configuraciones contemporáneas, y siempre tuvo que ver con conexiones entre diferentes partes del mundo, tanto si era debido a los puntos en común en el colonialismo, a las conexiones creadas por el comercio o a los contextos creados por civilizaciones, comercio e ideas compartidas. La descripción del nacionalismo de Anderson encaja perfectamente en esta tradición y destaca la «modularidad» de la idea de nación una vez establecida. Para Anderson, el nacionalismo y la identidad nacional era más una cuestión de creatividad, producción y reproducción y de modularidad que de linajes.

Gran parte de la importancia de *Comunidades imaginadas*, y de Benedict Anderson, tiene que ver con las innovaciones intelectuales que ofreció en la búsqueda para entender las naciones y el nacionalismo. Fiel a sus raíces marxistas, examinó de una forma que pocos habían adoptado antes, las condiciones materiales de la producción del pensamiento nacional. Hizo contribuciones a la «caja de herramientas» del análisis cultural, que resultan importantes para una serie de otras cuestiones. Por ejemplo, podríamos preguntarnos sobre la constitución imaginativa de las sociedades empresariales, curiosas creaciones

de contratos y el reconocimiento del estado y la aceptación popular. En palabras de Anderson, las empresas son imaginadas, no solo «concretas».

Pero Anderson también ofreció uno de los argumentos más convincentes de su época sobre por qué el nacionalismo no podía ser relegado a la papelera de la historia. «La realidad es bastante sencilla: el ‘fin de la era del nacionalismo’, durante tanto tiempo profetizado, no se vislumbra ni de lejos. De hecho, lo nacional es el valor universalmente más legitimado en la vida política de nuestro tiempo» (Anderson, 2006: 21).

No todos los estudiosos del tema quedaron convencidos, pero Anderson tenía razón. De hecho, los años posteriores a la publicación de *Imagined Communities* en 1983 vieron el surgimiento de una visión muy optimista de la globalización posnacional y el cosmopolitismo. Nosotros, con la ventaja de la retrospectiva, vemos que aquella visión optimista ignoraba muchas de las razones de un nacionalismo que resurge hoy en día. Anderson no solo alertaba contra un menosprecio ingenuo del nacionalismo, recordaba que ofrecía una mezcla de bueno y malo, auténtica vinculación con ilusiones de algo más grande que una verdadera igualdad. Anderson nos ayudó a dar sentido a un mundo en el que las naciones son reales y realmente importan.

A veces, las naciones son importantes por malas razones y de una manera malvada. Importan a la gente que siente la presión de la globalización y busca la seguridad de una identidad local. Importan porque las personas son convencidas, a menudo por demagogos, de que los de fuera son una amenaza, de que los migrantes les roban los puestos de trabajo y de que los capitalistas extranjeros están socavando sus negocios. Pero también importan por buenas razones. Importan porque un sentimiento colectivo de pertenencia es básico para invertir en instituciones compartidas y en bienestar social. Importan porque, por muy problemático que sea en la práctica, la democracia electoral prospera sobre todo en estados-nación.

Anderson no quería prejuzgar lo bueno y lo malo de las naciones. Remarcó la importancia del nacionalismo en guerras terribles y también en movimientos de liberación nacionales. Lo que analizaba era el poder proteico de una manera de imaginar la vida juntos diferente del reino dinástico o de la comunidad

religiosa, pero, como otras, capaz de reorganizar las relaciones sociales en un abanico de situaciones diferentes. Infravalorar las naciones y el nacionalismo es un error y también lo es universalizarlos y eternalizarlos. Anderson nos da herramientas para una comprensión más matizada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, B. (2006). *Imagined Communities*. Londres: Verso.
- Calhoun, C., Gaonkar, D., Lee, B., Taylor, C. y Warner, M. (2015). Modern Social Imaginaries: A Conversation, *Social Imaginaries* 1.1 (2015), pp. 189-224.
- Castoriadis, C. (1987, orig. 1975). *The Imaginary Institution of Society*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Chatterjee, P. (1986). *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?* Londres: Zed Books.
- Gaonkar, D. P. (2002). Toward New Imaginaries: An Introduction. *Public Culture*, 14 (1): 1-19
- Nairn, T. (1977). *The Break-Up of Britain*. Londres: New Left books.
- Taylor, C. (2004). *Modern Social Imaginaries*. Durham, NC: Duke University Press.
- Wallerstein, I. (2012). *The Modern World System*. Londres: Academic Press, 4 vols.

NOTA BIOGRÁFICA

Craig Calhoun es un sociólogo estadounidense especialista en Teoría Sociológica y en nacionalismo. Ha sido director de la prestigiosa London School of Economics and Political Science entre 2012 y 2016 y cuenta con una larga trayectoria en la dirección de instituciones académicas y científicas. Es autor de numerosos artículos y libros, entre los que podemos destacar *Critical Social Theory* (publicado por Basil Blackwell en 1995), *Nations Matter: Culture, History, and the Cosmopolitan Dream* (publicado por Routledge en 2007) y *Nationalism* (publicado por Open University Press y University of Minnesota Press en 2001). Este último libro ha sido traducido al valenciano en 2008 por la editorial Afers.

